

Moncada surgió de la traición, arrebató el poder a la legalidad y negoció con la sangre derramada por los que lucharon por la Constitución y murieron en los campos de batalla, donde él los guió con el único fin de la especulación, que, desde su fracaso en el intento de tomar el Bluff, había acordado con el Contralmirante Lati-mer, en Río Grande, y vino a efectuar en Tipitapa, con Stimson Representante Personal del Presidente Coolidge, bajo un árbol de espinos negro, cuya sombra debió haber sido extensa, densa, negra, como la monstruosidad de su traición. Y con Moncada todos los que aceptaron, todos los que firmaron aceptando las proposiciones de Stimson, y el Gobierno de Puerto Cabezas, que abdicó después, entregaron maniatada a Nicaragua al Invasor, para violarla, para humillarla, para destrozarla y, bajo la Bandera del Partido Liberal, vendido, pero no vencido, se comió esta vez, al estupro de la Soberanía Nacional.

¡Vergüenza!

Y ha sido bajo el nombre del Partido Liberal con el patrocinio y la merced del Partido Liberal; que Moncada, que se dice Liberal, después de haber combatido contra el liberalismo y de haber asesinado a los Liberales el trece de noviembre, en León, y de haber blasfemado y de haber calumniado al liberalismo, ha llegado al Poder y ha desgarrado las entrañas de la verdadera Democracia, ansioso de ver el vientre donde fueron concebidas.

La administración de Moncada, no puede ser otra cosa que el fruto de la traición, del asalto al Poder; no pudiendo deshonrar la Libertad, porque harto la han vilipendiado los Conservadores; ni vender la Soberanía, porque ya lo había hecho el cínico, su gemelo, Adolfo Díaz, se ha dedicado a esclavizarla a desmoralizarla, a anarquizarla; ha urracado al pue-

EDITORIAL

blo la virilidad, para hacer de él eunucos de serrallo, esclavos im-

Así paga el diablo a quien bien la sirve

A Andrés Largaespada

Debias de ser tú, indi-canalla, half—caste, el que me lanzara la baja calumnia que puede lanzarse acusándome, en la cloaca, en el urinario de tu periódico, "El Diario Moderno", de estar mezclado en el fantástico complot de asesinato contra el Presidente de la República, el traidor Moncada; debías de ser tú por que te he matado el hambre y he protegido a tu madre—constale a Guillermo Lacayo Marengo, que hacía colecta para ese fin en Nicaragua, cuando tú en Guatemala estabas preso en la penitenciaría por esbirro de Estrada Cabrera. Guardo recibo de Lacayo de esto.

No me extraña en lo más mínimo que me calumnies y trates de ensuciar mi nombre con falsedades porque es tu oficio. En Guatemala, en un pasquin análogo al que ahora posees en Managua, derramastes tu baba inmundada sobre lo más selecto de la sociedad—testigo son los Escamillales—y cobardemente calumnias-tes el honor de las más distinguidas damas.

Perro, te creía por lo menos afecto a la autora de tus días, pero olvidas el respeto que debes a los que altruístamente supieron servirte en momentos difíciles.

No me he olvidado de las palabras que una vez el traidor de Moncada, me dijo con respecto a ti: "Este negro es muy sucio, pero lo tendré que ocupar para que ladre", y en verdad estás ladrando y puede que le pases la rabiña a tu amo.

N, Salinas de Aguilar

New Orleans, La. Setiembre de 1929.

potentes que guardan el harem para el amo del Norte, bajo el nombre de Guardia Nacional, al mando de verdugos rubios de la marinería yanqui, pretorianos del amo.

Y la prensa de Nicaragua, en manos de plumarios sin escrúpulos, siervos hechos escribas por el hambre en hojas inmundas, que me han insultado, me han calumniado y me han vilipendiado, porque siempre me han encontrado erguido frente a ellos, dignamente, en defensa de la Libertad; despreciando los honores de los puestos públicos y la gloria de la Victoria, con una independencia que ellos nunca alcanzarán, porque carecen de Libertad, ahora se asombra, y en los editoriales de sus periódicos, comenta la voracidad que ha alcanzado el apetito del monstruo que ellos han incendiado y que ahora amenaza destruirlo todo, hasta a ellos mismos. Y señalan con horror la iniciativa que Moncada ha hecho al Congreso, de reformar el periodo Constitucional, para Presidente de la República, de cuatro años a siete; y en sus ansias de perpetuarse en el Poder, no sólo intentará las reformas constitucionales, que alarman hoy a las hojas inmundas de mi patria,—los periódicos—, sino que terminará con la Constitución. Los periodistas tímidos, cobardes, como todo lacayo, señalan el peligro de la anarquía.

Moncada ante la amenaza que hace "El Comercio" editorialmente, diciendo que la situación de Nicaragua nunca ha sido tan crítica, como la actual, y que sólo basta de una chispa para encender la anarquía general en el país, no se inmunda; seguirá en su actividad de exterminio, porque el periódico lo hace con timidez de esclavo y lejos de provocar respeto, anima al mandatario, por la cobardía de los conceptos, a se-

guir adelante, hasta llegar a gobernar él sólo.

Moncada, principió por destruir el Ejército Liberal, victorioso hasta el Tipitapa. Luego destruyó el Poder Judicial, imponiéndole el Reglamento de la Guardia Nacional, sobre los Códigos de la República. Después, deshizo las Municipalidades, para que no triunfara la voluntad de las mayorías, y, finalmente, se dedica a imponerse al Poder Legislativo; sin Poder Judicial, sin Municipalidades, sin Congreso, Moncada procurará lo que él desea, gobernar sólo; él será todos los Poderes.

No existiendo ya ninguna soberanía, ni la del pueblo ni la de la Ley, no habrá más Soberano que

él; y el traidor legislará, sentenciará, ejecutará y administrará; y suyas serán la Libertad y la Vida y la Riqueza de los ciudadanos, y los mercenarios de la pluma seguirán con su incensario disfrazando la tiranía y esclavizando al pueblo hasta convertirlo en siervo; pero los que no tememos a los tiranos, ni temblamos ante el poder de imperialismo yanqui, salvaremos a Nicaragua, a defendiendo la Libertad y levantándola en los pechos de los obreros, de los campesinos, de los trabajadores, los únicos que no saben de doblegarse al oro de los tiranos, porque ese es muy poco para llegar a ellos, y están siempre prestos al sacrificio por la Patria; se regará

el suelo con la sangre de los justos, para que con ella florezca la Libertad; porque la Libertad necesita mucha sangre en Nicaragua, para poder ser rescatada por sus defensores.

Nosotros los apóstoles de la Libertad, los hermanos del pueblo, el ojo y el corazón de Nicaragua, somos los que con la ayuda del proletariado, salvaremos a Nicaragua, salvaremos a sus mujeres, ultrajadas y violadas impunemente por los Invasores, salvaremos a sus niños, asesinados por los mismos, y redimiremos la Libertad, con la palabra, con la sangre de los patriotas, y castigaremos inclementes a los renegados.

Los cubanos en el destierro

Por MAXIMOSOTO HALL

En Cuba, la isla, son más y mejor conocidos los pueblos latinoamericanos que en ninguno de los otros países de la tierra firme. Tal acerto, con ser indiscutible, parece inexplicable, sobre todo tratándose de naciones limítrofes, que en un río linfático, una cordillera raquítica o unos cuantos mojonones, clavados en amplia llanura, sirven de frontera. El fenómeno, sin embargo, es de sencilla comprensión. Un vistazo sobre la historia americana resuelve el enigma. Cuba, la última en independizarse de las repúblicas latinoamericanas, con el espíritu de sus hombres, buscó a todas y vivió en todas. La guerra de los diez años, tras su crepúsculo sangriento, arrojó los restos del gran naufragio a todas las playas americanas.

Para Cuba y para América, cupo la suerte de que los despojos del siniestro fueran los desmoramien-

tos de una ruina, sino las fecundas semillas de una cosecha puesta a prueba. La voz de José Manuel de Céspedes era la voz de un pueblo en la boca de un hombre; era la conciencia de una nacionalidad que despertaba. A su conjuro surgieron, más bien que las muchedumbres volubles y manejables, de compra y venta, los hombres capaces, los que ahondan, y meditan, los que sienten y aspiran, los que, por las convicciones de sus principios y la orientación de sus ideas, son capaces de sentir la patria en su más elevado, y pudiéramos decir, en su único concepto real y positivo.

A la revolución fueron profesionales y estudiantes, capitalistas y agricultores, nobles y plebeyos. La gran ola de la revuelta la animaban muchas fuerzas vivas

y potentes. Predominaba, sin embargo, y esto hace magnífica a la guerra de los diez años, el elemento intelectual. Grecia resucitaba. De las aulas que hicieron célebres en la Habana don José de la Luz y Caballero, de las que regentaban con honor en Matanzas los hermanos Güiteras; de las que fue hábil piloto en Bayamo, José María Izaguirre, salieron hombres ilustres que, dejando el estudio, la cátedra o el salón de clase, lucharon por la independencia de su país. De esos almácgos surgieron los poetas, los prosistas, los oradores, mentalidades altas con que contó la revolución, y allí mismo empezaron a reverdecer los vástagos cuyo cercenamiento se recuerda con el nombre de la "fusilación de los estudiantes de la Habana". A la hora del crujir de

dientes, hombres de plumaje de palabra, adalides de la idea, era más peligroso que se quedaran en la isla, que las mismas fuerzas armadas. Esas cabezas pensantes, por lo mismo, volaron a los cuatro vientos de la América. Esos hicieron una inmigración provechosa; esos conocieron los pueblos hermanos, y a su regreso del exilio, llevaron el caudal de sus observaciones a la isla. Sus hijos, a la vez, crecidos en el destierro, pasando su niñez en diversas repúblicas americanas, guardan el recuerdo amable de los pueblos hospitalarios en que para ellos discurren los risueños días de la edad mejor de las edades.

Esa inmigración fue útil para la América, no sólo por ese vínculo de conocimiento y recuerdo tan necesario entre los miembros de una familia, sino por su labor cultural realizada en